

las cualidades abstractas, las imágenes de carácter metafísico y el tópico del *homo viator* hacen de esta composición que tiene como centro el tema de la esperanza y la eternidad del amor uno de los poemas más bellos del libro, el diálogo con los elementos naturales conforma ese tono contemplativo sobre la inmortalidad de la belleza frente a la ruina. Este hilo temático engarza con la última sección, titulada «Como tú barro», compuesta de un solo poema del mismo título que establece —bajo la metáfora bíblica— un juego demiúrgico sobre el acto poético.

El libro termina con una «Carta de Gredos» que argumenta sobre la idea de perfección cristiana. Dedicada a su amigo el Padre Alfonso Querejazu, este texto fue escrito en 1963 y surgió a raíz de las Conversaciones Católicas en Gredos donde también participaron Rosales, Vivanco y Ridruejo, experiencia que le llevó a escribir un breve poema «A Don Alfonso

Querejazu. En las alturas de Gredos», recogido en *Poesía (1929-1980)*. Con un tono sencillo y confesional, nuestro poeta intenta acercarse a una definición de perfección cristiana hasta establecer cierto parangón con la artística, puesto que ambas nacen de una llamada interior y son además «inconsumibles», nunca terminan por completarse enteramente; la perfección cristiana requiere una entrega continua, un ejercicio de superación de obstáculos y, como la obra poética, ésta se enriquece con la participación del prójimo, con el lector. Muñoz Rojas, magistralmente apela en estos *Rescaldos* a nuestra emoción íntima y a nuestra experiencia poética que, como la perfección cristiana es continua y se completa con las vivencias, todo un verdadero trabajo de indagación que tiene en la poesía su máxima realización.

Francisco Ruiz Soriano

América en los libros

Todos estábamos a la espera, *Alvaro Cepeda Samudio*, Edición a cargo de Jacques Gilard, Madrid, Cooperación Editorial, 2005, 181 pp.

Álvaro Cepeda Samudio (Barranquilla, 1926-Nueva York, 1972) irrumpió en la narrativa colombiana en 1954 con este sorprendente libro de cuentos, distanciándose de los cultivadores de la literatura terrígena quienes, como sugiere el investigador Jacques Gilard, no sólo adolecían de una concepción retardataria del género, sino que además lo asfixiaban con contenidos folclorizantes. Puede decirse que éste fue el mejor libro de cuentos aparecido hasta entonces en el país, al lado del posterior, *Los funerales de la Mamá Grande* de García Márquez. El nombre del autor va unido al Grupo de Barranquilla, ciudad que se convirtió en un importante centro de cultura de la zona del Caribe colombiano—, que en los años cincuenta asumió la tarea de renovación de las letras en un país predominante andino. Intelectuales como Ramón Vinyes, inyectaron un nuevo aliento al anquilosado ambiente cultural,

introduciendo las novedades con sus propuestas vanguardistas y dándolas a conocer a los jóvenes de entonces. Por aquellas décadas se estaba produciendo un proceso curioso, el surgimiento de una forma nueva de contar.

Desde las regiones, otras voces completaban el mapa de un país encerrado en el horizonte de la cordillera, fiel a la más conservadora tradición hispánica, poniendo en evidencia la retórica y la ampulosidad de los discursos hegemónicos, serviles a los rancios modelos extranjeros, ajenos a la riqueza y diversidad de un mestizaje que seguía sus propios ritmos. La costa atlántica, concretamente la ciudad de Barranquilla, daba muestras de un cosmopolitismo insólito. Es en este contexto que surge la obra narrativa de Álvaro Cepeda Samudio, y es desde ahí desde donde el editor y difusor de la misma, Jacques Gilard, explica el conjunto de relatos de este volumen.

En una introducción de cincuenta y cinco páginas que incluye una detallada cronología, se fija la trayectoria de un singular escritor que merece un lugar pre-

ferente en el canon de la literatura hispanoamericana por numerosas razones, la primera y más importante de ellas, al margen de lo que podría considerarse su «afán de experimentación formal», es haber aportado una poderosa temática personal al género, la cual se plasmaría de manera definitiva en la magistral novela *La casa grande* (Ediciones Mito, 1962) por la que se le conoce. Gilard va directamente a las fuentes, ofreciendo datos de sumo interés para la comprensión del proceso creador en Cepeda Samudio, partiendo de sus primeros escritos publicados en el colegio en 1942 en donde localiza lo que será el fermento de *La casa grande*, hasta fijar la cronología definitiva de los nueve cuentos que constituyen esta edición y que fueron ordenados de forma distinta por su autor en la primera edición (Librería Mundo, Barranquilla, 1954). A esta le siguieron la de Plaza y Janés, Bogotá, 1980 —a cargo de Gilard— y la de El Ancora, Bogotá, 1993, que se basó en la de 1980.

Así se cotejan las distintas ediciones con los textos, tal cual fueron apareciendo por primera vez en diversas publicaciones, incluso con las escasas copias mecanografiadas que se encuentran en la documentación personal de Cepeda Samudio esto ocurre entre

otros textos con «Todos estábamos a la espera», que da título al volumen. Queda claro que el mérito de estos cuentos está en la forma de abordar temáticas, como la soledad del individuo, la sexualidad, la interioridad, la condición de la mujer, la marginación, el poder, y la relación con el otro en la ciudad moderna, desde un punto de vista muy personal, aprovechando complejas técnicas narrativas. Sin embargo, es preciso señalar que lo secundario del hecho de que el autor situara sus ficciones en el contexto urbano, ya que en su novela volvería al mundo rural.

Cepeda encarna el espíritu de la ciudad de entonces, situada en una región colombiana, dinámica, pujante, segura de sus posibilidades. Practicó múltiples oficios, desde periodista, publicista, vendedor, compositor, hasta director de cine. *La casa grande* da cuenta de la huelga de los obreros de las bananeras en diciembre de 1928, tal como hiciera su contemporáneo en *Cien años de soledad*. El libro sorprendió a la crítica por sus magistrales diálogos y por la riqueza de un lenguaje tan sobrio como directo. En contacto con los artífices del nuevo periodismo norteamericano y con los grandes novelistas que venían de esa corriente, el autor de estos relatos fue un renovador tanto en la

orientación de la mirada como en la manera de contar, algo que también se deja ver en sus virulentas, agudas e ingeniosas críticas de arte, política y cine –en el que fue pionero al filmar su cortometraje de ficción *La langosta azul*–. Por sus dos libros, Cepeda Samudio merecería considerarse parte del proceso creador del *boom*, pero la falta de una estrategia crítica que los acogiera dejó al margen estos títulos. Apenas se mencionan en las historias de la literatura hispanoamericana, salvo en algún artículo de Ángel Rama, tras la muerte del autor, o en uno que otro trabajo en revistas del mundo académico norteamericano, así como en el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (Ayacucho, 1995) y, por supuesto, en los trabajos críticos de Jacques Gilard. Su experiencia en los Estados Unidos, donde tomó diversos cursos en la universidad de Columbia, su íntimo contacto con la literatura norteamericana, inciden de forma definitiva en su obra. Si bien no formuló ninguna concepción del cuento –como Cortázar a quien leyó y comentó tempranamente– señaló el camino de la renovación del género. Gilard que ha realizado un minucioso trabajo de campo con el Grupo de Barranquilla, pone en evidencia lo que éste aportó de modernidad en un país ajeno al ritmo y la intensi-

dad de la costa atlántica, donde fueron acogidas las vanguardias, mucho antes que en la capital del país. Su situación histórico-geográfica explica fenómenos como los de García Márquez y Cepeda Samudio.

Renovar, volver del revés, poner el dedo en la llaga, evidenciar complicidades y silencios, arrojar luz sobre las verdades de la existencia, con ironía y a veces con crueldad, tal fue el papel de Cepeda Samudio en medio de la situación angustiosa de Colombia, antes y después del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán en 1949, que dividió al país y lo cubrió de odio y vergüenza. El 9 de abril marcó un antes y un después en la historia que afectó a la libertad de prensa tanto como a las relaciones personales, al abortar el único proyecto democrático que hubiera permitido subsanar, en alguna medida, la secular exclusión y la resistencia de los grupos hegemónicos a aceptar el mestizaje. Los cuentos de Cepeda Samudio recogen un poderoso caudal de herencias y de sangres que ha dado sus mejores frutos, al apropiarse de las técnicas más vanguardistas, y que seguirá alimentándonos con su vitalidad, audacia, agudeza e ingenio.

Consuelo Triviño